





HERENCIAS
DEL INVIERNO
CUENTOS DE NAVIDAD

VOCES / LITERATURA

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Pablo Andrés Escapa, *Herencias del invierno. Cuentos de Navidad*
Primera edición: noviembre de 2022

ISBN: 978-84-8393-324-4
Depósito legal: M-19986-2022
IBIC: FYB

© Pablo Andrés Escapa, 2022
© De las ilustraciones, Lucie Duboeuf, 2022
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2022

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

PABLO ANDRÉS ESCAPA

HERENCIAS
DEL INVIERNO
CUENTOS DE NAVIDAD

ILUSTRADO POR
LUCIE DUBOEUF





ÍNDICE

CENIZA	13
SEMILLAS	33
SURCOS	45
ESCARCHA	59
FUELLE	79
ESTRELLA ERRANTE	107
CANCIÓN DE CUNA	119
NUDOS	133
AUSENCIAS	153
NOCHE DEL COMETA	179



Para María Luisa, dueña del candor





CENIZA



—¡Santas noches!

Hay saludos que comprometen, quién lo duda. Y este era de los que abren las puertas a la buena fe. Pero eso lo ve uno ahora, pasado el tiempo. Cuando lo oímos, estábamos Celino y yo como para devolver gentilezas. Lo único que nos preocupaba era que alguien nos descubriese a aquellas horas y de semejante facha: Celino con la cara tiznada de negro, que se empeñó en las seguridades que le daba ese disfraz; yo, sin hollines, pero tan sombrío de ánimo que había de parecer más oscuro que él. Y de pronto aquella voz recibiéndonos a ras de suelo. Ahora es fácil decir que no hubo azar en el encuentro, que los milagros lo son por necesidad.

Debíamos componer una estampa más que dudosa, Celino y yo. Imagínense: dos cabezas asomadas a la boca de una alcantarilla con los ojos levanta-

tados hacia las estrellas. Y allí, vibrante en el aire helado, el susto de aquella cortesía inesperada. Yo veía un ángel de piedra esculpido sobre la cornisa de un edificio altísimo, muy pálido y muy sereno. Con las alas abiertas parecía a punto de elevarse de esta tierra. Y sentí que tiraba de nosotros hacia arriba, y de una farola que, junto a la boca abierta de la alcantarilla, tenía la luz temblona. Confundido por los titubeos del farol, tuve la impresión de que el ángel movía los labios. Estaba a punto de devolverle el saludo, sin salir de asombro, cuando la voz que nos había recibido dio paso a una mano tendida para sacarnos a la calle.

La que allí vi iluminarse entrando en el círculo de luz resultó mano tan blanca como me había parecido la voz, al asomarme al mundo. Un guante de cabritilla me reclamaba a la altura de los adoquines. Y por encima de la tela, ciñendo uno de los dedos tan delicadamente vestidos, una piedra roja ponía destellos de brasa en la noche de hielo.

Noté que Celino vacilaba, junto a mí. Y a lo mejor fue eso lo que me dio la resolución que él no tenía. Acepté el guante con su gema y prendido de un súbito ardor que me alcanzó tras el encuentro de las manos, me giré, ya de rodillas en la acera, para aupar a quien venía detrás. Las veleidades de la farola avivaron el poso de zozobra en la expresión

de Celino que, apenas se vio de cuerpo entero en la calle, comenzó a sacudirse la ropa como quien quiere sacudirse también la memoria de donde ha salido.

–¡Santas noches!

–Frías, querrá decir, frías como un demonio.

Yo repliqué tan resueltamente por aparentar una llaneza que no sé si me salió excesiva. Porque aquel hombre, anunciándose bajo un sombrero de copa, servido de bastón y envuelto en una capa que le cubría hasta los pies, invitaba a mayores gravedades.

–Que no le dé por nevar –se atrevió Celino.

El desconocido recorrió despacio las alturas con la mirada antes de concluir con muchas galas en la voz.

–Pudiera ser, que nada hay imposible, pero con cielo tan raso como el que nos vela, no ha de caer nos otra gracia que la luz de las estrellas.

Simpladas de Celino, la verdad, andarle pintando nieve a firmamento tan lucido. Allí lo único seguro era que la suerte no nos acompañaba. Hasta los luceros parecían concertados en denunciar nuestros pasos. Nosotros, que llevábamos un buen rato metidos en la negrura de una cloaca esperando a que otra oscuridad igual de espesa nos defendiera de mirones al salir. Sobre todo del perro que nos había corrido hasta dejarnos sin aliento. Y ahora

resultaba que la noche tenía tantos ojos que no se podían contar, y una voz sin prisas que pedía conversación.

—¿Pero qué rumbos traen o qué camino llevan señores tan vestidos de tiniebla?

Así lo dijo. Si ustedes le hubieran oído también lo recordarían. Aquel extraño sabía echar al aire un discurso como de seda, aunque fuera para pedir explicaciones. Y sentía uno que preguntaba con una gentileza que no era de este tiempo, si no atinase mejor diciendo de este mundo. El hombre seguía allí de pie, sin dejarnos marchar, insistiendo en saber.

—¿Y qué alianzas con la noche buscan con tal disfraz, que costaría separar sus figuras tan de luto de la pura ilusión de dos sombras errantes, apenas descifradas al pasar?

La verdad es que, después de las angustias de la carrera, daba gusto oír aquella voz tan reposada. Y entenderla. Yo, quién lo entiende también, había empezado a entrar en calor a pesar del frío y sentía, con una novedad muy plácida, que las palabras del desconocido me acariciaban los oídos igual que si fueran plumas. De manera que, abandonándome a esa fiesta de las alas ligeras, me hallé con ánimo de responder. Y fue entonces cuando al asombro de verme casi en sofocos en medio del hielo, se sumó el de oír mi propia voz como nunca había sona-

do. De buenas a primeras, me escuché diciendo razones que no parecían mías: «Largo cuento sería, buen hombre, traer aquí el motivo de nuestro fúnebre embozo –fíjense a qué parra me subía–, que no lo es tanto por luto como por necesidad, pues bien probado está que, en quien nació pobre de condición, la necesidad y el luto son trama de una misma prenda tejida con el hilo desgraciado de la calamidad». Estos donaires, que a mí antes nunca me visitaran, me brotaron espontáneos y con tan pasmoso concierto que no dudé en atribuirlos a la cercanía de aquel desconocido tan gentil. Y empecé a creer que, al tenderme la mano enguantada para sacarme de la alcantarilla, aquel prójimo me había comunicado también una gracia nueva en el discurrir.

Aún iba a decir más, que las palabras me venían solas, pero se me adelantó Celino. Y lo hizo con un atrevimiento que tampoco le conocía, porque, sin reserva alguna en hombre que siempre fue dado a vergüenzas y rezongos a media voz, echó la lengua a pacer, que no pretendo decirlo de otro modo, y llanamente confesó que de negro se viste el ladrón por honrar su condición. Quise yo justificar la falta ante extraño tan respetable como el que nos escuchaba diciendo la verdad completa, que era la de ser ladrones de ocasión, y que esta era la primera,

forzada por tanto obsequio como se juntaba al presente en plazas y escaparates, que aquellos alardes eran causa de que se sufriera peor la amargura de saberlos siempre ajenos, cuando el hombre levantó una mano, como renunciando a más explicaciones añadidas, y recogió hacia un lado la capa para sentarse en el bordillo de la acera. No se imaginan con qué garbo halló acomodo aquella noble figura en tan humilde asiento. Y así sentado, remangándose un poco unos faldones de rayas azules que asomaron por debajo de la capa, dejó a la vista las puntas de dos babuchas curvadas hacia el cielo, y las columpió un momento a la luz de la farola, que tal parecían las crestas de dos fórcolas venecianas meciéndose en un canal bajo la luna. Yo ya no me extrañaba de las cosas que se me ocurrían estando allí a su lado.

—Pues mala noche escogieron sus mercedes para robar —dijo—, que no habrá otra con más resplandores en el año. Hoy brillan hogueras celestiales encima de cada paso y no ha de quedar rumbo en la tierra sin su noticia, ni espuma de nave sin su declaración, ni corazón dormido sin su sueño de justicias reparadas, ni ánimo secreto sin predicar por mucho que quisiera celarse su argumento, que a poner luz en lo escondido y a sacar de palidez las más tibias ilusiones, viene esta noche el candor de